

PQ 6289.

P6

POESIA

D. PEDRO

CALDERON DE LA BARCA



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

POESIAS

DE

D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA,

NO COLECCIONADAS HASTA HOY.

---

---

AL TORMES HELADO.

---

Con el título de *A un río helado* publicó el Sr. Hartzenbusch el siguiente romance en el tomo IV de las obras dramáticas de Calderon.

Escribióle el insigne poeta siendo estudiante de Salamanca desde 1613 á 1619, y probablemente en este último año, en que hizo unos frios tan intensos en toda Europa que se helaron todos los ríos y estanques, y aún las costas del mar en algunos puntos.

Salid ¡oh Clori divina!  
Al Tórmes, que ofrece hoy  
Fija puente á vuestra planta  
Su inquieto cristal veloz.  
Esta vez pudo el Diciembre  
Lo que mil pudisteis vos;  
Que tienen fuerzas de escarcha  
Poderes de admiracion.

010111

No su nieve á vuestra vista  
Quieto el cristal se paró;  
Que si aquí suspende el hielo,  
Hiela aquí la suspensión.  
Salid; que el río os espera,  
Que juzga discreto hoy  
La suela del chapin vuestro  
Corona ya de favor.  
Y pues su honor os aclama,  
Restituireisle su honor,  
Si cuando le huellan tantos,  
Vos corona *suya* sois.  
Sobre la cama de campo  
Solicito el aquilon  
Tiende sábanas de nieve,  
Dó se acuesta enfermo el sol.  
Desmayos pues de sus luces  
Mejóranse en vuestras dos;  
Que mayores rayos visten  
En ecliptica menor.  
Bien que en tantos cielos puestos  
Como deidad superior,  
Los que son rayos de luz.  
De fuego fulminais vos.  
Si el mundo ardiendo callara,  
Diré, pues ardiendo estoy,  
Que son incendio sus luces  
Y que es fuego su esplendor,  
Que le holleis el campo aguarda,  
Porque vuestras huéllas son  
Las que previenen Abriles,

Las que producen verdor,  
Y en Pascua de Nacimiento,  
Cuando en la muerte se vió,  
Tendrá en vuestro pié florido  
Pascuas de Resurreccion.  
Yo mis glorias solicito.  
Pues á quien ha dado soy  
A vos vista las libranzas  
De sus glorias el amor.  
Salid, pues; ¡oh Clori bella!  
No os negueis, ingrata, no,  
A las voces de los ojos,  
Al llanto del corazón.  
Y tendrémos esta vez,  
Si lo merece esta voz,  
Honor Tórmes, luz el día,  
Vida el campo y gloria yo.

---

### ROMANCE AMOROSO.

---

Es de la misma época que el anterior. Le escribí también en Salamanca, y probablemente, por su contexto, á alguna mujer casada, ó por lo ménos comprometida con otras relaciones amorosas, como indican los últimos versos.

La juventud que acudía á las aulas en alamanca no era ciertamente, en aquella



época, un modelo de pureza y de moralidad. Calderon era muy joven, y sería una locura pretender que en aquella edad, y entre aquellas compañías tuviese la virtud de un austero cenobita.

Se publicó este romance en vida de Calderon, el año 1670, por José Alfay en Zaragoza, formando parte del libro titulado: *Delicias de Apolo, recreaciones del Parnaso por las tres musas Urania, Euterpe y Caliope.*

A FILIS.

¿No me conocéis, serranos?

Yo soy el pastor de Filis,

Cera á su pecho de acero,

Esclavo á sus ojos libres.

Huésped en vuestras riberas,

Oponer de amor me visteis

A las armas vencedoras

Resistencias invencibles.

Mas ¡ay! yo muero, serranos;

¡Ay amor! ya me venciste;

Los incendios de mis hielos

Tus poderes acrediten.

Para matarme, tus ojos,

Filis, el amor elige;

Que á mayores vencimientos

Bastan los rayos que visten.

A cuyo imperio suave,

A cuya fuerza apacible

No hay libertad que se exento.

No hay exención que se libre.

A tu beldad las beldades

Desconocidas se rinden;

Desde las que el Tétis beben,

Hasta las que el Ganges viven.

Cuyo nombre el Gata ufano

Gloria le da más felice

Que sus arenas al Tajo,

Que sus imperios al Tiber.

En tu alabanza mi afecto,

Entre efectos imposibles,

Epiciclos fatigara;

Mas temo que espumas pise.

Retírase, pues, cobarde,

Y tanta empresa remite

O de un águila á los vuelos

O á los acentos de un cisne;

Que una voz ronca no puede,

Ni puede una pluma humilde.

Ultrajarte; que te ignora

Quien se atreve á describirte.

Mis deseos igualmente.

Que por divina te admiten.

Como á deidad te veneran

Y como á deidad te piden.

Así, pues, el tiempo nunca



En tí con mudanza triste  
Las rosas aje del rostro  
Ni del cuello los jazmines;  
Y la primavera hermosa  
Que en tus mejillas asiste,  
En siempre floridos Mayos  
Goce perpétuos Abriles;  
Que admitas unos deseos,  
Que una voluntad estimes,  
Como atrevida en quererte,  
Acordada en elegirte.  
Si tienes dueño, á tu dueño  
Te hurta: mi mal te obligue,  
Para que mi ardor aplaques  
Nieve que á mi cuello apliques.  
Yo vi que hurtados á un muro  
A que pudieran asirse,  
Le repartieron abrazos  
A un árbol unos jazmines.  
Tú verás que á mis deseos  
Solicitan persuadirte  
Yedra que dos olmos trepa,  
Vid que dos álamos ciñe.  
Prisiones rompe el capullo,  
Avaramente sutiles  
El clavel, y fuera dellas  
Con púrpura el aire tiñe.  
Pues te incitan sus ejemplos,  
Filis, sus ejemplos sigue;  
Que si tú mi amor retornas,  
Cierto estoy que Amor me envidie.

EN LAS FIESTAS  
DE LA CANONIZACION DE SAN ISIDRO.

El año de 1620 se presentó Calderon al certámen ó junta poética celebrada con motivo de la canonizacion de San Isidro Labrador, y escribió las siguientes poesías, en que se revela su entusiasmo por cuanto se refiere á Madrid, su patria.

A SAN ISIDRO.

SONETO.

Los campos de Madrid, Isidro santo,  
Emulacion divina son del cielo,  
Pues humildes los ángeles su suelo  
Tanto celebran y veneran tanto.  
Celestes labradores son, en cuanto  
Con amorosa voz, con santo celo  
Vos enviáis en angélico consuelo  
Dulce oracion, que fertiliza el llanto.  
Dichoso agricultor, en quien se encierra  
Cosecha de tan fértiles despojos,  
Que divino y humano os da tributo,  
No receleis el fruto de la tierra,  
Pues cogerán del cielo vuestros ojos,  
Sembrando aquí sus lágrimas, el fruto.



A SAN ISIDRO.

OCTAVAS.

Túrbase el sol, su luz se eclipsa cuanta  
Medroso esparce hasta el segundo oriente.  
El viento con suspiros se levanta ;  
Présaga España su desdicha siente ;  
Y en tanta confusion, en pena tanta  
Filipo al fatal golpe está obediente :  
; Oh justo llanto, oh justo sentimiento!  
Tema España, el sol lllore, gima el viento.

Mas cese el sentimiento, cese el llanto,  
Y en vez España, de funesto luto,  
Fiestas publique, que te ensalcen cuanto  
Te oprimió de los ojos el tributo ;  
Pues ya Madrid piadosa á Isidro santo  
Vuelve á sus campos á coger el fruto  
Que sembró de piedad y desencaños,  
Al fin dichoso de quinientos años.

Ya más gloriosa con humilde celo  
Vuelve, piadosa, al Labrador divino,  
A ver el prado, el rio, fuente y suelo,  
Donde á la tierra y cielo abrió camino  
Por que de nuevo en ella oblique al cielo,  
En tanto que su Rey sujeto es dino  
A su piedad; volviendo á su porfía  
Sol á España, al sol luz, á la luz dia.

Dichosa, insigne villa, y más dichosa  
Cuando por más piadosa te señalas,  
Vuelve tu fama al viento licenciosa,  
Sirviendo á tu piedad de amor las alas ;  
Vive ; oh! más que la muerte poderosa,  
Pues no sólo el arado al cetro igualas,  
Pero aún exceden por divinas leyes  
Tus pobres labradores á tus reyes.

A MADRID.

POR LA DICHA DE SER SU PATRONO  
SAN ISIDRO LABRADOR.

*Madrid, aunque tu valor  
Reyes le están aumentando,  
Nunca fué mayor que cuando  
Tuviste tal labrador.*

GLOSA.

Aunque de glorias se viste,  
Madrid, tu dichoso suelo,  
Nunca más gloria tuviste  
Que cuando, imitando al cielo,  
Pisado de ángeles fuiste.  
No igualará aquel favor  
El que hoy ostenta tu honor,  
Aunque opongas tu trofeo,  
Aunque aumentes tu deseo,  
*Madrid, aunque tu valor.*



No tendrás glorias mayores,  
Que cuando en las manos bellas  
De angélicos labradores,  
Eran tus flores estrellas,  
Los rayos del sol tus flores.  
En vano están laureando,  
En vano están coronando  
Tu frente, en vano el honor  
Que te ha dado un labrador,  
*Reyes le están aumentando.*

Dirán que ¿cuándo tuviste  
Más gloria que en tí se encierra?  
Di que cuando ángeles vistes  
Labrar humildes tu tierra;  
Di que cuando cielo fuiste;  
Que cuando al cielo imitando  
El sol te estaba envidiando,  
Pues su luz tu luz prefiere;  
Y así sabrá quien dijere  
*Nunca fué mayor que cuando.*

Mayores triunfos, mayores,  
Lauros tu poder advierte,  
Pues con divinos favores  
Respetas, como la nierte,  
Más que Reyes, Labradores.  
Hagan inmortal tu honor  
Jaspes, mármoles y bronces;  
Pues para gloria mayor  
Hoy tienes tal rey, y entonces  
*Tuviste tal labrador.*

A SAN ISIDRO.

—  
DÉCIMAS.

Ya el trono de luz regía  
El luminoso farol,  
El fénix del cielo, el sol,  
Cuya edad es sólo un día.  
Ya desde la tumba fría  
En su fuego vuelve á ser  
Hoy lo mismo que era ayer;  
Que, *si en todo es de sentir*  
*Que nace para morir,*  
*El muere para nacer.*

Veloz la vida se quita,  
Con que más gloria se adquiere;  
Pues cuando en el agua muere,  
En el fuego resucita.  
Las aves, á quien incita,  
La luz de sus resplandores,  
Cantando dulces amores,  
Eran, con belleza suma,  
Al campo flores de pluma,  
Cuando al viendo aves de flores.  
Entre las rosas cantaban,  
Y el aura que las movía,  
Solamente conocía  
Por aves las que volaban.  
Todas á Isidro esperaban,



Cuando el labrador dichoso  
 Se quedaba perezoso  
 De su trabajo olvidado:  
 ¿Quién vió vicioso al cuidado  
 Y al descuido virtuoso?

Antes de labrar el suelo  
 (¡Oh tardanza de amor llena!)  
 En la Virgen de Almudena  
 Labraba piadoso el cielo;  
 Y como su santo celo  
 En el sol le suspendía  
 De la celestial María,  
 Divertido, no pensaba,  
 Como siempre al sol miraba,  
 Que pudo pasarse el día.

A SAN ISIDRO.

CANCION.

Coronadas de luz las sienes bellas,  
 Conduce el sol su luminoso cocheo,  
 A la estacion donde madrugó el día:  
 Quitó el prestado honor á las estrellas,  
 Y en campañas de luz venció á la noche  
 Con los ardientes rayos que regia:  
 Castigo á su osadia  
 La tierra fué, que nuevo sol le opuso,

Esfera de verdor, campo de fuego.  
 Cuando en sus rayos ciego,  
 Querúbicas deidades vió confuso  
 Sembrar por rubios granos esmeraldas,  
 Por espigas coger verdes guirnaldas.

Los campos de Madrid ya cielos bellos,  
 Y los cielos del sol campos hermosos  
 Eran con los opuestos resplandores;  
 Porque asistiendo ó cultivando en ellos,  
 Ya labrador, ya espíritus dichosos,  
 Campos de estrellas son, cielo de flores;  
 Vestida de esplendores  
 Acredita la tierra al sol desmayos,  
 Que paga el sol en rayos á la tierra;  
 Y en luminosa guerra,

Espigas compitieron á sus rayos,  
 Porque el cielo y el suelo en sus fatigas  
 Mieses de rayos son, globos de espigas.

El viento, entre los varios arreboles  
 Del resplandor, Madrid, que á ti reduces  
 Cielo humano te vió, divino suelo;  
 Dudó dos cielos y creyo dos soles,  
 Admirando, confuso entre dos luces,  
 Brillado el campo y cultivado el cielo;  
 Que con santo desvelo  
 Isidro le labraba con el llanto,  
 Angeles con su gloria le ilustraban;  
 Y el viento, que abrasaban  
 Mansos eclipses, en abismo tanto  
 Ignora á quién incline su destino,  
 A ángel cultor ó á labrador divino.



Este pues en su espíritu dichoso,  
Arrebatado hasta los cielos sube  
(¡Qué bien la tierra por el cielo olvida!)  
Y espíritus del trono luminoso,  
Rayos de luz en abrasada nube,  
Bajan al suelo á darle nueva vida.  
La tierra agradecida  
Al favor de los cielos soberano,  
Sin esperanzas del Abril florece :  
Tanto, tanto agradece  
El beneficio de la culta mano ;  
Y estrellas produjera entónces bellas,  
Si nacieran sembradas las estrellas.  
Rompe la tierra el paraninfo alado  
Y el rústico instrumento que la oprime ;  
Nunca más dulce, nunca más suave,  
A la mano obediente, no el arado,  
El surco estima que en su centro imprime  
Celeste autor de su esperanza grave.  
¿Quién habrá que te alabe,  
Angel ó labrador, si ofrece el suelo  
A celestial cultor humano fruto,  
Y celestial tributo  
A humano agricultor ofrece el cielo ?  
Y aunque use el hombre angelico ejercicio,  
¿Quién vió al Angel usar rústico oficio ?  
¿Quién más dichoso está, quién más ufano ?  
¿Con ángeles el suelo en este día  
O con un labrador, no más, el cielo ?  
Más gloria tiene el cielo soberano,  
Pues humildes dos ángeles envía

Que pródigos por él labren el suelo :  
Tanto pudo tu celo,  
Tanto, Isidro, tu amor maravilloso,  
Tanto tus oraciones celestiales.  
Por dos ángeles vales :  
Dos suplen tu descuido virtuoso ;  
Y pues de flores ves los campos llenos,  
Por que se aumenten más trabaja ménos.  
Deje mi pluma el vuelo,  
Mi torpe acento el canto,  
Mi voz aliento tanto ;  
Que aunque alaba á Madrid, Madrid es cielo ;  
Y es bien que á tanto empleo se presuma,  
Suave voz, dulce acento y veloz pluma.

---

### A UN ALTAR DE SANTA TERESA.

---

Lope de Vega describe del siguiente modo el altar que se levantó en las fiestas de la canonizacion de San Ignacio y San Francisco Javier :

• Formaron en el altar octavo los padres carmelitas una nave que se movía entre unas ondas de velo de plata, para mostrar con la invencion el ingenio y adquirir con la novedad el aplauso. La imágen de la Santa Madre tenía el árbol de en medio, la mesana, bauprés y trinquete santos de su ór-



den. De las entenas pendían varios estandartes, flámulas y banderolas. Arrio y Calvino mostraban anegarse: los lados tenían altares con San Francisco y San Ignacio, porque á nuestro labrador dieron lugar en la nave. Celebró su fábrica este artificioso epigrama de D. Pedro Calderon, digno de su grande ingenio, con que queda enca-recido. »

SONETO.

La que ves en piedad, en llama, en vuelo,  
Ara al suelo, al sol pira, al viento ave,  
Argos de estrellas, imitada nave  
Nubes vence, aire rompe y toca al cielo.  
Esta, pues, que la cumbre del Carmelo  
Mira fiel, mansa ocupa, y sulca grave,  
Con muda admiracion muestra suave,  
Casto amor, justa fe, piadoso celo.  
¡Oh militante Iglesia, más segura  
Pisa tierra, aire enciende, mar navega,  
Y á más pilotos tu gobierno fia!  
Triunfa eterna, está firme, vive pura;  
Que ya en el golfo que te ves, se anega  
Culpa infiel, torpe error, ciega herejía.

A FELIPE IV.

Calderon no nació seguramente para poeta palaciego y cortesano, por más que las circunstancias de su vida y las aficiones personales de Felipe IV le llevaran á ese puesto.

El hombre de poderosa é inagotable fantasía de admirable fluidez, de riquísimo lirismo y de tan grande inventiva en sus comedias no supo nunca hacer versos panegíricos para el rey, ni para los potentados.

Emplea invariablemente en estas composiciones los tercetos, que se resentían no sólo de falta de espontaneidad é inspiracion, sino de una vulgaridad envuelta á veces en frases oscuras ó gongorinas. En cuanto al sentimiento, inútil es buscarle en las pocas composiciones de este género que escribió.

Hacemos estas reflexiones sobre los siguientes tercetos que dedicó al rey y que fueron publicados por Lope de Vega, con la décima y la descripción del Carmelo que van á continuacion.

TERCETOS.

¡Oh tú, temprano sol, que en el oriente  
De tus primeros años has nacido  
Coronado de luz resplandeciente,



Salve! y en tanto que á tu grato oído  
De mi voz, por cantarte, los acentos  
Labios son de metal contra el olvido.

Con presagios de ilustres vencimientos  
Escucha el fin que tu principio encierra,  
Rendidos á tus piés los elementos.

La tierra te consagra el que á la tierra  
Sujetó, cuando, próvida á su celo,  
Los líquidos tesoros desencierra,

Y lloviendo al revés, salpicó el cielo,  
Desangrando á Neptuno en rica fuente  
Por venas de cristal sangre de hielo.

El mar te rinde aquel cuyo tridente  
Tantas veces venció su orgullo fiero,  
Segunda vez á limite obediente.

Aquel del mar Neptuno verdadero,  
Que en várias partes no se distinguía  
Cuándo segundo fué, cuándo primero.

Del dulce viento la region vacía  
Favorable te ofrece aquella ave,  
Que en éxtasis de amor vientos bebía.

Ave amorosa, pues, que con suave  
Pluma llegó hasta el sol, en su sosiego  
Volando dulce y suspendiendo grave.

El fuego te asegura el que del fuego  
Nombre tomó, y el luminoso espacio  
yrrabatado vió, turbado y ciego.

Vive ¡oh Filipo! en celestial palacio;  
Pues á tu admiracion el cielo atento,  
La tierra te da Isidro, el fuego Ignacio,  
Francisco el mar, cuando Teresa viento.

## DESCRIPCION DEL CARMELO, YALABANZAS DE SANTA TERESA.

—  
ROMANCE.

En la apacible Samaria,  
Hácia donde el sol se pone,  
En túmulo de esmeraldas  
Yace un gigante de flores.

Verde Atlante de los cielos,  
Tanto á su beldad se opone,  
Que, siendo cielo en la tierra,  
Parece en el cielo monte.

Cerrándole al viento el paso,  
Sube hasta la esfera, donde  
Pedazo del cielo fuera,  
A ser unas las colores,

Sin que el sol se albergue en ondas  
Se le niega al horizonte,  
Y hace anochecer el día  
Cuando amanecer la noche.

Aqueste, pues, cuyas plantas,  
Aun en variedad conformes,  
Son cultura celestial  
De aquel jardinero noble;

De aquel venerable sol,  
Que en más luminoso coche,  
Por eclíptica de viento,  
Planeta de fuego corre;



De aquel que rigiendo rayos  
Quemó los vientos veloces,  
Cuando abrasado el Carmelo,  
Eclipse vió de dos soles ;

Este en la más eminente  
Punta que en su luz se esconde,  
Virgen rosa planta bellá,  
Por que del sol se corone :

Casta azucena ó jazmin  
Suave, cuyos olores  
En viva aroma los cielos  
Piadosamente recogen.

Santo Carmelo, tu planta,  
Es Teresa, por que logres.  
Su hermosura, sin que el viento  
O la marchite ó la borre.

#### A LOPE DE VEGA CARPIO.

##### DECIMA.

Aunque la persecucion  
De la envidia tema el sabio,  
No reciba della agravio ;  
Que es de serlo aprobacion.  
Los que más presumen, son,  
Lope, á los que envidia das,  
Y en su presuncion verás  
Lo que tus glorias merecen ;  
Pues los que más te engrandecen,  
Son los que te envidian más.

#### EN LA CANONIZACION

#### DE SAN IGNACIO Y SAN FRANCISCO JAVIER.

El año 1622 hubo en Madrid un certámen poético para celebrar la canonizacion de San Ignacio de Loyola y de San Francisco Javier. Calderon se presentó en aquel certámen, y fué premiado en primer lugar por un romance á San Ignacio, y en segundo por unas quintillas á San Francisco; composiciones ambas que fueron publicadas en la *Relacion de las fiestas que ha hecho el Colegio imperial de la Compañia de Jesus de Madrid en la canonizacion de San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier*, por D. Fernando de Monforte y Herrera, que con gracioso estilo describe del siguiente modo el certámen :

« Apenas desocuparon la sala las décimas, quejas unas por el mal recibimiento que les habían hecho, otras ufanas por el buen despacho que se prometian, cuando asomó una procesion de penitentes bien ordenada, que por ser el tiempo tan poco á propósito, la extrañaron los señores jueces. Vestian todos sacos groseros; los piés descalzos, de donde se les ocasionó á muchos el venir tan lisiados en los piés, que sin poderse registrar volvieron á sus casas; los rostros ma-



cilentos y pálidos. Vertían á trechos arroyos de sangre con la disciplina, y á veces con profundos suspiros rezaban. Pareció desaire en tiempo de tantas fiestas sacar invencion tan triste, hasta que mirados más de cerca, hallaron ser los *Romances* que venían celebrando la penitencia rigorosa que San Ignacio hizo en Manresa, como pedía el sétimo certámen. Apénas entraron, cuando mandaron los señores jueces que se fuesen algunos á curar, por venir demasiado desangrados; y echaron á otros de la procesion, por las demasiadas galas que traían en procesion de penitentes. Entre los que quedaron, hallaron ser el principal D. Pedro Calderon que dando muestras en tan cortos años, como lo ha hecho en muchas ocasiones, de su ingenio, dijo: »

---

### ROMANCE.

---

#### PENITENCIA DE SAN IGNACIO.

Con el cabello erizado,  
Pálido el color del rostro,  
Bañado en un sudor frio.  
Vueltos al cielo los ojos,  
Más muerto que vivo, haciendo  
De gemidos y sollozos  
Los suspiros una esfera.

Las lágrimas dos arroyos,  
A Ignacio su mismo cuerpo,  
Helade, sangriento y roto,  
Desta manera le dice  
Con voz baja y pecho ronco :  
— No te espantes si te trato  
Como ajeno de tí propio;  
Que es bien que como otro hable,  
Pues ya contigo soy otro.  
No es mucho ignore quién eres,  
Si el mismo que soy ignoro;  
Que tal tu rigor me ha puesto,  
Que áun á mí no me conozco.  
Siete dias há que muero,  
Pues vivo sin saber cómo,  
Y á mi torpe natural  
Forzosas leyes le rompo.  
Negando lo que te pido,  
Siete dias há que sólo  
Agua de lágrimas bebo  
Y pan de dolores como.  
Duros abrojos tres veces  
Castigan mis perezos  
Miembros : tan estéril tierra  
¿Qué ha de tener sinó abrojos?  
Gastadas tengo las piedras  
Donde las rodillas pongo,  
Y por que cabales vivan  
Cubro de sangre los hoyos.  
Vivo cadáver me dejas,  
Y en tu espíritu dichoso



Vas á gozar dulces gustos.  
A gustar sũaves gozos.  
Todo en amor te transformas,  
Por que vivas en Dios todo,  
Con una gloriosa amorosa  
Y con un amor glorioso.  
Al alma sólo regalas :  
Quejas justamente formo,  
Pues á tus gustos mis penas  
Son manjar dulce y sabroso.  
Dueño soy de los sentidos :  
¿Qué importa si no los gozo ?  
Pues sin alma ¿qué me sirven  
Boca, manos, oídos ni ojos ?  
Yo sus contentos no gustó,  
Yo sus gustos no los toco,  
Sus regalos no los veo,  
Sus dulzuras no las oigo.  
Mira no se ofenda Dios,  
Que cargues sobre mis hombros  
Murallas de penitencia,  
Siendo el cimiento tan poco.  
Una llama soy que vivo  
Obediente á un fácil soplo,  
Humilde barro, y al fiu  
Fuego y humo, tierra y polvo.

QUINTILLAS.

RESUCITA SAN FRANCISCO VEINTICINCO  
MUERTOS.

Tirana la idolatría  
A su imperio mal regido,  
Ignorante presidía,  
En cuyo engaño el olvido  
Muertas las almas tenía  
Y entre ciegos pensamientos  
De adoraciones inciertas,  
Los cuerpos como violentos,  
Trayendo las almas muertas,  
Eran vivos monumentos.  
Nuevo sol resplandeciente  
En oriente amaneció  
A su sueño, dignamente;  
Que como á dar luz salió,  
Empezó por el oriente.  
Y como del cielo dueño  
Vertiese rayos de fe,  
En tan luminoso empeño  
Forzoso á las almas fué  
Despertar de largo sueño.  
Mucho fué la luz que dió;  
Mas de la muerte jüez,  
Mayor gloria mereció  
Con alma que ya una vez  
Helado el cuerpo dejó.



Más luz le debe advertir  
Quien llega á considerar  
Que puede, á tanto dormir,  
El que duerme despertar,  
Y no el que muere vivir.

Allí la piedra se ve,  
Que guía con pasos ciortos;  
Pero aquí obrando la fe,  
Para veinticinco muertos  
Trompeta del cielo fué.

Suena, y á su voz rendida  
La muerte su imperio siente.  
Y vuelve el alma ofendida :

¿ Quien vió á la muerte obediente ?

¿ Quien vió á la muerte dar vida ?

¡ Oh piadoso error del suelo !

¡ Oh no merecida palma !

Que es más con piadoso celo  
Quitarle á la muerte un alma  
Que darle tantas tantas al cielo.

Vencedor divino y fuerte,

¿ Quien habrá que no se asombre

Si vuestras glorias advierte,

Pues á Dios, en cuanto hombre,

Se pudo atrever la muerte ;

Y en desafío los dos,

Victorioso habeis salido ?

¿ Quién podrá atreverse á vos,

Pues os habeis atrevido

A la que se atreve á Dios ?

¿ Quien podrá miraros, quién,

Aunque al sol sus rayos pida,  
Si dais para eterno bien,  
No sólo á las almas vida,  
Pero á los cuerpos también ?

### RETRATO DEL AUTOR.

Calderon vino á Madrid, despues de haberse graduado de bachiller en Salamanca, á los veinte años. Joven, completamente libre, dotado de fogosa imaginacion, rodeado de la aureola de poeta, y en medio de una juventud licenciada y guerrera, cobró fácilmente aficion á la vida de aventuras del histrionismo. Fueron sus compañías cómicos y farsantes, y mujeres, por lo ménos, de muy dudosa moralidad, como que le toleraban sus libertades á trueque de que él tolerase las de ellas, segun se desprende de sus mismas palabras.

Su familia, que era distinguida, le reprendió esta vida, y á sus exhortaciones se debió que entrara de caballero del duque de Alba.

En esta época y con tal oficio, no ménos propio para aventuras y galanteos, escribió la siguiente carta, que, como dirigida á una dama, quizá no creyó nunca Calderon que viese la luz pública : tal es el desenfado y la soltura de lenguaje con que está escrita.



CARTA A UNA DAMA.

Curiosísima señora,  
Tú, que mi estado preguntas,  
Y de *moribus et vita*  
Examinarme procuras;  
Quien quiera que eres, atiende,  
Y en cómico estilo escucha;  
Que he de decirte un romance  
Para quitarte la duda.  
Va de retrato primero;  
Luego, si quiere la musa,  
Irá de costumbres, bien  
Que habré de callar alguna.  
Sea lámina el papel,  
Matiz la tinta, la pluma  
Píncel; quiera Dios que salga  
Parecida mi pintura.  
Yo soy un hombre de tan  
Desconversable estatura,  
Que entre los grandes es poca  
Y entre los chicos es mucha.  
Montañes soy; algo deudo  
Allá, por chismes de Astúrias,  
De dos jueces de Castilla,  
Lain Calvo y Nuño Rasura.  
Hablen mollera y copete:  
Mira, qué de cosas juntas  
Te he dicho en cuatro palabras,  
Pues dicen calva y alcurnia!

Preñada tengo la frente  
Sin llegar el parto nunca,  
Teniendo dolores todos  
Los crecientes de la luna.  
En la sien izquierda tengo  
Cierta descalabradora;  
Que al encaje de unos celos  
Vino pegada esta punta.  
Las cejas van luégo, á quien  
Desaliñadas arrugas.  
De un capote mal doblado  
Suelen tener cejijuntas.  
No me hallan los ojos todos,  
Si atentos no me los buscan;  
Que allá en dos cuencas, si lloran,  
Uno es Huécar y otro es Júcar.  
A ellos suben los bigotes  
Por el tronco hasta la altura,  
Cuervos que los he criado,  
Y sacármelos procuran.  
Pálido tengo el color,  
La tez macilenta y mustia,  
Desde que me aconteció  
El espanto de una bubas.  
En su lugar la nariz,  
Ni bien es necia ni aguda,  
Mas tan callada que ya  
Ni con tabaco estomuda.  
La boca es; de espuerta rota,  
Que vierte por las roturas  
Cuanto sabe; sólo guarda



La herramienta de la gula.  
Mis manos son piés de puerco,  
Con su vello y con sus uñas,  
Que, á comérmelas tras algo,  
El *algo* fuera grosura.  
El talle, si gusta el sastre,  
Es largo; mas si no gusta,  
Es corto; que él manda desde  
Mi golilla á mi cintura.  
De aquí á la ligua no hay  
Cosa ni estéril ni oculta,  
Sinó cuatro faltriqueras  
Que no tienen *plus ni ultra*.  
La pierna es pierna, y no más,  
Ni jarifa ni robusta,  
Algun tanto cuanto zamba,  
Pero no zamba-cañuta.  
Sólo el pié de mí te alabo,  
Salvo que es de mala hechura,  
Salvo que es muy ancho, y salvo  
Que es largo, y salvo que suda.  
Este soy pintiparado,  
Sin lisonja hacerme alguna;  
Y si así soy á mi vista,  
Ay Dios! ;cuál seré á la tuya!  
Dejemos en este estado  
Mi levantada figura,  
Y vamos de mis progresos  
A la innumerable chusma;  
Que hoy en tu servicio tengo  
De cejar hasta la cuna

La memoria de mis años  
; Oh, no me aflija entre burlas!  
Nací en Madrid, y nací  
Con suerte tan importuna,  
Que hasta un *Ventura de Tal*  
Conoci; no más ventura.  
Creci; y mi señora madre,  
Religiosamente astuta,  
Como había en otra cosa,  
Dió en que había de ser cura.  
El de Troya me ordenó  
De la primera tonsura.  
De cuyas órdenes sólo  
La coronilla me dura.  
Bachiller por Salamanca  
Tambien me hizo luégo, cuya  
Bachillería es licencia  
Que en mil actos me disculpa.  
La codicia de un bolsico  
En la literaria justa  
De Isidro me hizo poeta;  
¿Quién no ha pecado en pecunia?  
Con lo cual Bártulo y Baldo  
Se me quedaron á oscuras,  
Pues en vez de decir leyes,  
Hice coplas en ayunas.  
La cómica inclinacion  
Me llevó á la farandúla:  
Comedias hice, si malas  
O buenas, tú te las juzga.  
Desde letrado á poeta



Pasé ; y viendo cuánto acusan  
A la poesía unos viejos  
De impertinencia machucha,  
Traté de mudar de estado,  
Y por más estrecha y justa  
Religion, la de escudero  
Me recibió en su clausura.  
Aquí discurra el lector,  
Si es que hay lector que discurra,  
; Cuáles son, para seguidos,  
Los pasos de mi fortuna !  
Gorron, poeta, escudero  
He sido y seré ; ; oh suma  
Paciencia de Job ! ; tuviste  
Más calamidades juntas ?  
Con estas tres profesiones,  
; Quién imagina, quién duda  
Que habré sido el *no en mis días*  
De cualquier suegra futura ?  
Y así, soltero hasta hoy  
Me quedé, y hoy más que nunca,  
Por razones de que el duque  
Mi señor tiene la culpa ;  
Que, como caballero  
Me hizo su excelencia Augusta,  
Huyen todas, por no ser  
Caballeriza ninguna.  
De este desaire de todas,  
Me despico con algunas,  
Que me sufren mis defectos  
Por que los suyos les sufra ;

Si bien el día de hoy  
Está, con las grandes lluvias,  
El tiempo tan apurado,  
Que hasta amor pasa penuria.  
Mas, como ajustarse al tiempo,  
Dice un sabio que es cordura,  
Siendo congrua de mi amor  
Tres damas, con dos se ajusta.  
Dos damas tengo no más ;  
Que en la compañía más zurda  
Por fuerza ha de haber quien haga  
Primera dama y segunda.  
Y como al fin, por el *tropo*  
*Variar*, bella es natura,  
De las dos con que me hallo,  
Una es morena, otra rubia,  
Una es dama de alta guisa,  
Con su poco de aventura ;  
De baja guisa es la otra ;  
Que una es clara y otra culta.  
Una es fea, y otra, y todo ;  
Que en esto sólo se aunan,  
Porque yo más quiero dos  
Fealdades que una hermosura.  
A entrambas las quiero bien ;  
Que aunque allá Platon murmura  
Que el que quiere á un tiempo á dos  
No quiere bien á ninguna.  
Miente Platon ; porque ; qué es  
Querer bien á una criatura,  
Sinó querer su salud,



Sus galas y sus holguras?

Suprimimos los últimos versos por ser demasiado libres.

### ALA MUERTE DE MONTALBAN.

Calderon fué muy amigo del poeta Juan Pérez de Montalban, en cuya compañía escribió las comedias *El Privilegio de las Mujeres*, *Polifemo y Circe*, y *El monstruo de la Fortuna*.

Murió Montalban el 25 de junio de 1638, y Calderon expresó el sentimiento por la muerte de tan constante amigo en las siguientes décimas.

Para comprenderlas bien es preciso recordar que Montalban se volvió loco año y medio antes de morir á lo cual se refieren los versos

Enviar delante previno

A todo su entendimiento;

y la atrevida imagen de la muerte, somerjiéndole en un letargo y no atreviéndose á matarle de un golpe, con que termina la penúltima décima :

y llegó

De dos veces, porque no

Se atrevió de la primera.

### DÉCIMAS

Aunque nuestro humano sér,  
En llegándose á adquirir,  
Nace sujeto á morir  
Del achaque del nacer;  
Y aunque es verdad que el tener  
Vida nuestra humana suerte  
Es accidente tan fuerte,  
Que por ley establecida  
Solamente el tener vida  
Nos trae sentencia de muerte;

Dos consuelos ha tenido  
Este inviolable, este cierto  
Decreto del haber muerto.  
De achaque de haber nacido.  
Es uno cuando ha vivido  
El hombre tan ajustado,  
Que en su muerto sea envidiado;  
Y otro cuando se apercebe  
Tal gloria, que muerto vive  
En la fama que ha dejado.

Destos consuelos, es llano  
Que ha sido el mejor crisol  
Nuestro Terencio español,  
Nuestro Plauto castellano;  
Digalo al ver cuán en vano



La muerte le halló, si es cierto  
Cuanto en uno y otro advierto  
Que de-lucir no ha podido  
La virtud con que ha vivido  
Y la fama con que ha muerto

—  
La vida, siempre ocupado  
En estudios, la gastó;  
La muerte nunca le halló  
Para morir descuidado.  
Tanto pues había ensayado  
Morir y vivir, que atento  
A no errar el fin violento  
De tan dudoso camino,  
Enviar delante previno  
A todo su entendimiento.

—  
No furioso frenesí,  
No delirio riguroso  
Su ánimo turbó piadoso;  
Un blando letargo sí,  
Para mostrarnos así  
Cuánto la muerte severa  
Sintió que se desluciera  
Tanto s' jete; y llegó  
De dos veces, porque no  
Se atrevió de la primera.

—  
Y supuesto que los cielos,  
Si en sus piedades se advierte,  
Nos dan hoy en una muerte

Vinculados dos consuelos.  
No lloren nuestros desvelo,  
No nuestro amor desespere;  
Pues que mejor vida adqui  
Pues que más gloria recibe  
Quien hoy en su fama vive,  
Y á vivir eterno muere.

### PANEGÍRICO

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR ALMIRANTE DE  
CASTILLA.

—  
Algunos biógrafos de Calderon han cita-  
do este Panegirico sin haberlo visto; ha-  
biendo asegurado algun articulista que se  
habia perdido.

Pero hemos tenido la fortuna de encon-  
trar un ejemplar, que nos ha prestado nues-  
tro amigo el conocido bibliófilo Sr. Sancho  
Rayon, y del cual hemos hecho la siguiente  
copia.

No tiene lugar ni año de impresion, aun-  
que seguramente fué estampado en Madrid  
y tal vez el mismo año de 1638, en que se dió  
la batalla de Fuenterrabia: es un folleto  
en 4.º de siete hojas, y tiene la siguiente  
portada:

Panegirico del Excmo. Sr. D. Juan Al-  
fonso Enrique de Cabrera y Colona, Almi-